

Los hijos de Zebedeo

Del Evangelio de Marcos (10, 32-40)

Iban de camino subiendo a Jerusalén, y Jesús marchaba delante de ellos; ellos estaban sorprendidos y los que le seguían tenían miedo. Tomó otra vez a los Doce y comenzó a decirles lo que le iba a suceder:

«Mirad que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán, y a los tres días resucitará.»

Se acercan a él Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, y le dicen: «Maestro, queremos, nos concedas lo que te pidamos.»

El les dijo: «¿Qué queréis que os conceda?»

Ellos le respondieron: «Concedéndonos que nos sentemos en tu gloria, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.»

Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo voy a beber, o ser bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado?»

Ellos le dijeron: «Sí, podemos.» Jesús les dijo: «La copa que yo voy a beber, sí la beberéis y también seréis bautizados con el bautismo con que yo voy a ser bautizado; pero, sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es cosa mía el concederlo, sino que es para quienes está preparado.»

Entrenamiento en el vacío

Jesús advierte a sus discípulos, en el camino a Jerusalén –donde será ajusticiado–, que allí le espera la pasión, la muerte y la resurrección. Ellos, como sabemos de sobra, no se enteran de nada y siguen hablando de sus cosas. Sus cosas son, naturalmente, asuntos mundanos: aspiraciones personales, preocupaciones cotidianas, afanes pasajeros...

Esta advertencia del Maestro a los suyos es la que la vida, que es la mejor maestra, nos hace a nosotros cada día. Eso es lo que se nos enseña, de un modo u otro, cada vez que nos sentamos a hacer meditación. Mil y un signos nos indican cada día y en cada sentada que padeceremos, que seremos despojados de lo que tenemos y somos, y que renaceremos del modo más inesperado. La fugacidad de los acontecimientos, la sucesión de una generación tras otra, la vanidad de las cosas...: todo indica que estamos de paso, que somos transitorios, que el vacío es una llamada continua. En realidad siempre es así, exactamente así; pero nosotros preferimos ser como esos discípulos torpes, sordos y ciegos, que no se enteran de nada. No queremos aceptar la caducidad de las cosas. No aceptamos nuestra condición de peregrinos. No queremos padecer, morir ni resucitar, lo que sencillamente significa que no queremos esta vida. Meditamos para saber vivir, es decir, para comprender que el padecimiento y la muerte pueden y deben ser vividos como caminos de plenitud.

Lo opuesto a la vida no es la muerte o el sufrimiento, sino nuestra ceguera y cerrazón ante la muerte y el sufrimiento. No que la muerte y el sufrimiento sean agradables, claro, pero pueden resultar misteriosamente deseables. Podemos desear el padecimiento como puede desear el atleta el entrenamiento, a sabiendas de que sólo ese es el camino de la victoria.

No meditamos en busca del placer, sino de la Vida. En esa Vida que anhelamos reina la Paz, pero no una paz utópica o idílica, sino una Paz que incluye y transfigura las contradicciones de nuestro mundo.

¿En qué vas pensando en el camino de la vida? ¿Qué pensamientos y sentimientos ocupan mayormente tu mente y tu corazón?

Este mundo y sus cosas, ¿son todavía tu hogar? ¿Estás en lo pasajero o en lo esencial? ¿Sabes disfrutar de este mundo sin apegarte a él?

Tu meditación, ¿ha cambiado en algo tu modo de afrontar la adversidad?